

"LA PAZ : SOLUCION DE LA INTELIGENCIA"

Dr. Fernando Gómez Gómez

- * Discurso pronunciado en la posesión del Dr. Antonio Roldán Betancur como Gobernador de Antioquia. Agosto 21/88.
- ** Presidente del Honorable Tribunal Superior de Medellín. Profesor Universitario . Abogado Penalista.

Señor Gobernador, Doctor Antonio Roldán Betancur .

Sin pretensiones de agudo y crítico testigo, señor Gobernador, podemos aseverar que vuestro nombramiento ha sido recibido bien por la comunidad antioqueña, por dos fundamentales aspectos :

De una parte, vuestras ejecutorias señalan la presencia de un servidor público que ha tomado conciencia de su deber y en desarrollo de él ha dejado huella inconfundible de las tareas cumplidas. Díganlo si no, vuestra entrega a los menesteres de la asistencia médica en una de las regiones de más sentidas necesidades en toda la Nación, como es la de Urabá; en la Alcaldía de Apartadó con la preocupación por los empeños cívicos que permitieron descubrir en vos a un soldado de las legiones deportivas, actividad tan ennoblecedora como liberadora, tan útil como disipadora de envilecedores vicios; como Jefe del Servicio Social del Departamento, como Director de Coldeportes en forma que los paisas han sentido el benéfico influjo de vuestra gestión.

De otra, la primera manifestación que escucharon de vuestros labios después de conocerse el nombramiento para el primer empleo de esta querida región, fue la de vuestra sincera preocupación por el ORDEN PUBLICO.

Eso nos da seguridad, señor Gobernador, de que vuestra gestión, antes que satisfacción de bajos intereses politiqueros va a ser una empresa de altísimos afanes por el bienestar de los ciudadanos y por todo lo que

concieme al bien común, conforme al juramento que habéis prestado, además, ante quien de verdad preside esta reunión en muda actitud, pero con inefable atención, así como misteriosa y perseverante elocuencia.

"Vive Dios" que si conforme a la angustia que os aqueja, señor Gobernador, por los ríos de sangre que corren por los campos de Antioquia, lográis que esta tierra se aleje del templo de Jano y, en consecuencia, que el anhelado reinado de la paz tome posesión de nuestras praderas y campiñas habréis alcanzado ya un sitio de honor que a tantos les ha sido esquivo en los dorados trigales de la historia.

Y cómo no, si la paz es el templo del progreso y el alma del desarrollo; el asiento exitoso de todos los empeños; el presupuesto de la felicidad del ciudadano y la alegría inmarcesible del trabajador y del empresario.

Es cierto que apenas serán los dueños de ilusos cerebros quienes no piensen en esa forma, pero también que ahora nos toca buscar la bandera blanca con los ojos bajos porque está cubierta de lodo. Es que la difícil empresa de encontrar hombres que odien por paga, así como la de que amen por influencias, ha sido hoy saturada en la patria colombiana, porque la locura cobró tributos no presentidos y son legiones las que alimentan úlceras para vivir de lo que supuran.

Es porque las densas sombras del egoísmo y del odio han llegado al imperio de los corazones, agobiados unos por la avaricia y eloquecidos otros por la reacción. Esa coraza de egoísmo, la más entorpecedora llega en la dignidad del hombre; que no permite sosiego a sus pacientes en el camino de aspiraciones perniciosas, así ahoguen con artera y aleve mano los derechos de los otros, sin importarles que sus almas se aneguen en el fango y en el cieno, en tanto que con rostros de honradez calumnian y persiguen, es la bruma que no deja llegar al gimnasio de la reflexión.

Son ellos -sus pacientes- los que se refugian dizque en la inteligencia y en la capacidad de trabajo para amasar fortunas, sin importarles la suerte ajena; son ellos quienes acumulan con ansiedad tierras en tanto que arrinconan al campesino desprotegido hasta asfixiarlo, exhibiéndolas ociosas y que a otros salvarían de angustias y torturas sin cuento con la debida explotación. Pero son ellos, los que levantan la voz y motejan de comunista y socialista al que se atreve a denunciar la injusticia social que avasallan. Son ellos, los muy insensatos, quienes desfiguran con ocasio-

nales donaciones, más producto de calculados resultados y buscados juicios, que de sinceridad, la ausencia de un cristianismo sentido que enseña cómo lo que al hombre le sobra no es suyo, sino del pobre que lo necesita y requiere. Son ellos los que han olvidado que el dueño de todo nació en un pesebre y que repudió al rico, no por serlo, sino por su insolente egoísmo.

Son ellos quienes le dan su propio sabor al fermentado cristianismo que profesan, de valor ciertamente averiado, porque olvidaron el Evangelio, porque fuera de la entonación empleada para calificarse de practicantes, sus inferiores espíritus y sus mezquinas almas, desgonzan su propia entereza, sin vergüenza alguna, para rechazar los multiplicados mandatos de la Iglesia en su doctrina social.

Sírvanos de escudo para el reproche amargo que hemos de recibir, aquellas elocuentes palabras del insigne Pablo VI conocido como el defensor de los pobres en el areópago de las Naciones Unidas, cuando en su excelsa Encíclica 'POPULORUM PROGRESSIO' o 'DESARROLLO DE LOS PUEBLOS', expresaba: "Sabido es con qué firmeza los Padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen, respecto a los que se encuentran en necesidad: 'No es parte de tus bienes -así dice San Ambrosio- lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos tú te lo apropias. La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos'. Es decir -prosigue el Pontífice-, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: 'El derecho de la propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos". Pero más dice este gigante del siglo XX: "Si se llegase al conflicto 'entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales', toca a los poderes públicos' procurar una solución, con la activa participación de las personas y los grupos sociales'. Es, pues, "legítimo el deseo de lo necesario", pregona el Papa.

Pero ese pensamiento de la Iglesia, que arranca no solamente de las enseñanzas de Jesús, ese extraordinario ser de la humanidad que dividió su historia en dos, y El pragmatizó, prosigue con los apóstoles; con los ya mencionados Padres de la Iglesia que, como San Jerónimo, replicaban a los engreídos ricos del siglo IV: "*Allí donde está tu tesoro, está tu*

corazón", al censurar el ciego apegamiento a los bienes y la obstrucción que se cumplía ante todo lo altruista con semejante escollo; con los Papas, como León XIII en la Encíclica que ha sido llamada 'Redención de los trabajadores' "RERUM NOVARUM"; en la "Quagragesimo Anno", de Pío XI; en la "Fidei Donum", de Pío XII; en la "PACEN IN TERRIS", de Juan XXIII, predicando contra el hambre y en la gran "Mater et Magistra" donde pide la paz de los pueblos mediante las soluciones sociales adecuadas; y el gran Pontífice actual con su "Laborem exercens", donde enjuicia los males sociales que el egoísmo sigue generando en el mundo. Todas ellas traducen la posición del Concilio Vaticano II que concluye afirmando que mientras la ECONOMIA no sea un servicio para la sociedad, no habrá esperanza de un desarrollo que genere la paz.

Pero tras de esos egoístas que tapan las rendijas por donde asoma la libertad y apunta la paz; tras de esas conciencias impías, penetra la hidra de la revolución y de esa reacción surge la inesperada capacidad de odiar que contemplamos dizque en cristianos colombianos y es cuando registramos aquellas solemnes equivocaciones aún de apóstoles del amor como el padre Camilo Torres Restrepo, quien desesperado cambió el apostolado amoroso del Evangelio por el letal fusil para dirigirlo contra sus hermanos.

Ahí está nuestra amada Patria. Ahí esta la Colombia violenta, como producto de sus propios hijos. La Colombia de los que se han enriquecido sin que las gotas de sudor se hayan atrevido a verles la frente, y la de quienes sudando noche y día no tienen ni el mendrugo de pan para sus hijos, ni el pedazo de abrigo para los suyos. He ahí la reacción que nutre odios, que genera luchas y que alimenta la guerra que no es más que el suicidio de los beligerantes. La hoguera ha crecido y el fuego parece tornarse inextinguible. Los horrores no tienen solución y la patria se empobrece y se aniquila.

Sigue siendo para nosotros de insuprimible vigencia la afirmación de uno de los más renombrados estrategas de las Fuerzas Armadas de Colombia, cuando expresaba: *"En la actual situación del país, ni la fuerza pública por sí sola puede liquidar el problema de la violencia revolucionaria, ni los grupos armados que buscan el poder pueden lograrlo por la fuerza. Se impone, pues, básicamente una solución política al problema"*.

Si tal es la situación vista y entendida, qué esperamos? ¿No hemos escuchado del Dr. Alvaro Gómez Hurtado, ese roble a quien las tempestades robustecen y a quien las tormentas y turbulencias agigantan, reclamando la necesidad del diálogo? ¿No hemos oído al Dr. Alfonso López Michelsen, jerarca de la inteligencia colombiana y motor de grandes ideas que conmueven, urgiendo el diálogo? ¿No prestamos atención a los Obispos de Colombia, a cuya cabeza se encuentra ese apóstol gigante, Monseñor Darío Castrillón Hoyos, a quien mientras más arreos le imponen, más vecino está a los humildes y más presto con los necesitados, proponiendo el diálogo y demostrando su necesidad? ¿No se oyen las voces de Ernesto Samper Pizano, de Alvaro Leyva Durán, príncipes de la inteligencia colombiana, buscando el diálogo? Pero no se escuchan en igual dirección los gremios, los sindicatos, los empresarios -casi que apenas hace horas lo clamaba Robles Echavarría-, los espíritus sensatos?

¿No es ésta el arma de la inteligencia, la exhibición de la razón, el argumento de la racionalidad, la bofetada a la fuerza y a la brutalidad? Las armas serán para los milanos cuando estén atacando las palomas.

Por más ajadas y distraídas que se supongan las conciencias, parece poco menos que imposible que en estos momentos de la humanidad, se esté seleccionando a los reyes por la resistencia que en pasadas épocas ofrecían en sus cabezas para soportar la más pesada piedra y dar origen así a la corona y a la sangre azul de aquellos. La fuerza de hoy también dependerá de la cabeza, pero más bien por lo penetrable que resulte al raciocinio y por el poder de la inteligencia que en ella resida. Quien sepa ponderar la eficacia del diálogo, exclamará con dolor: Por qué Irán e Irak no lo cumplieron antes de acabar en un millón de vidas y tantas obras?

Son necesarias, señor Gobernador, las soluciones de la inteligencia y aunque por lo que habéis dicho, sabemos que hacia allá van vuestros esfuerzos, como administrador supremo de la comarca, como persona medida en las honduras de la sensatez, como prudente director de una empresa que ya conocéis, estáis en capacidad de hacer entender que el pueblo de la dura cerviz, busca el diálogo; anhela las soluciones que prohija la razón; busca la salida que señala el camino del amor y que quiere encontrar por esos senderos el único bien que puede llevar a los colombianos a los campos de la seguridad y a los estadios de la realización posible entre los hombres: la Paz. Recordad a un pueblo representado por los humildes artesanos de aquellos sublimes ramilletes de flores, campesinos sin repliegues dónde guardar la mentira y sin capacidad para des-

figurar sus sentimientos, cómo lograban que sus fúlgidas expresiones fueran copiadas por las flores: "Antioquia quiere la paz. Hagámosla". Estamos sedientos de ella, no importa que la historia registre el despiadado depósito de hiel y vinagre en los labios ansiosos.

Señor Gobernador, entendemos que a lograrla os encamináis y que para el efecto tenéis estudiados muchos caminos, pero no dudamos que ella establecerá su reino definitivo cuando los hombres vivamos como hermanos y comprendamos que los unos necesitamos de los otros para este desarrollo social y, en consecuencia, que es la justicia distributiva e integral la que el momento reclama para ese feliz hallazgo, por lo que nuestra región es un haz de voluntades y con vos a la cabeza, debe exigir y colaborar en las reformas adecuadas y necesarias para que todos los hombres gocen de todo lo que al mundo ha sido dado.

Permitidnos, pues, que paradiando al filósofo de la canción, comencemos a comprar plácidas esperanzas y a vender alegres amaneceres y que, con el poeta Castro Saavedra, coloquemos en los hombros de Antioquia una paloma y en los de Colombia repose otra paloma.